

El Autobús de Carne

Fanzine Literario

Sea Monkeys

Melissa

Misas

Venecia

Las Moscas

*Homenaje a
Jim Morrison*

EL AUTOBUS DE CARNE

“Bienvenido al autobús de carne”, me dice el conductor.
Una mujer con manos de fuego me acaricia la frente,
susurrándome al oido que viviré 2000 años.
En el interior del gigantesco vehículo, los integrantes de una
insólita troupe me reciben con los brazos abiertos.
Un faquir con clavos en los ojos bebe cerveza negra sin
percibirme de mi presencia.
Nina, la equilibrista sin piernas, me saluda desde lo alto del
trapecio.
Dentro de una bañera de cristal una pareja de delfines ven-
trílocos discute acaloradamente, mientras que el hombre
tronco me hace un guiño.
Servo, el armadillo vidente, me conduce hacia un misterio-
so compartimento cubierto con enormes sábanas color san-
gre.
Penetro sigilosamente en la enigmática estancia.
Muebles tapizados en peluche fluorescente, y un enorme y
desprolijocartel pintado a mano que reza “Mirna, la flor Az-
teca”.
Debajo del cartel me encuentro con el rostro de la mujer mas
bella del universo.
Facciones de una perfección inaudita, cinceladas por la
sublime maestría de un Diós, confluyen en la boca de un
sórdido florero precolombino de plástico.
Mirna me observa con la mirada estrábica de una reina del
mar.
Cojo el florero entre mis manos y lo coloco a la altura de mi
cabeza...
Con sorpresa compruebo que no hay truco alguno.

Intento imaginar los pequeños y frágiles pies de Mirna entumecidos en el enmohecido interior del recipiente.

La mujer de mis sueños me besa en la boca y una antigua melodía marina llega a mis oídos desde un pequeñísimo ojo de buey.

Dejo a Mirna sobre la mesa y me asomo por la claraboya. En el exterior del autobús un anciano milenario toca un acordeón de nácar.

El pintoresco personaje está de pie sobre cientos de botes vacíos de espinaca.

Sus antebrazos, tatuados con gigantescas anclas, aporrean el instrumento con violencia.

Cierro el ojo de buey...y me despierto cubierto de vómito en los servicios de un autocar con aire acondicionado.

El Autobús de Carne es un vehículo cultural abierto a propuestas creativas de todo tipo. Envía tus ideas (escritos, dibujos, o lo que se te ocurra) y las verás publicadas en estas páginas.

Envía tu material a: El Autobús de Carne- Paseo Nuestra Sra. del Coll, 52-56, 7º 3a, Esc. 'C'. 08023-BARCELONA.

Idea y Textos: Gustavo Caldas

MELISSA

Conocí a Melissa en el verano del 78.

Tenía 13 años.

La música de Carpenters le fascinaba.

Su actor favorito era Robbie Benson.

Una lluviosa tarde de agosto le regalé una caracola que en su interior albergaba una imagen en metacrilato de la virgen María.

Su emoción fue tan grande que estuvo a punto de desmayarse sobre la pista de patinaje.

Esa misma noche, la invité a la heladería que acababan de inaugurar en el boulevard marítimo.

Compré dos helados de pistacho.

Mientras succionaba impacientemente el cucuricho, no dejaba de observar la esfera de aquel espantoso reloj púrpura.

Después cogimos nuestras bicicletas, y en un par de minutos llegamos a su casa.

La crispada silueta de su madre se asomó blasfemando histérica, por una estrechísima ventana ojival.

Se despidió de mi con un beso atolondrado y nervioso.

Esa noche soñé con Melissa.

Ella, mi hermano y yo jugábamos al parchís en una casa abandonada.

De repente, Melissa aparecía maniatada con cables de acero.

Mi hermano cogía una navaja de una forma extrañísima y comenzaba a desollar meticulosamente el frágil cuerpo de la pobre Melissa.

Una vez acabada la operación, se disfrazaba con su piel y cantaba himnos indescifrables.

Mis puños descargaban furiosos golpes sobre el lacerado vientre de la muchacha, mientras la poseía brutalmente.

Me desperté de madrugada y en la palma de mi mano encontré una pequeña sanguijuela.

Ignoro como habrá llegado hasta mi cama.

Pero a partir de ese momento prometí amar y respetar a Melissa hasta el fin de mis días.

M I S A S

La noche se quiebra en lamentos.

Una rígida cúpula de cielo descansa entre inciensos.

Luz.Día.

Renacimiento.

Santos trepandose perezosamente a sus escaparates de neón.

Pilas bautismales cuarteadas como las uñas de Cristo.

Cinco dedos flotando sobre agua bendita

Una pareja de ancianos asiste a misa por televisión.

La sangre.

El dolor y el miedo.Apocalipsis del alma.

Ritos milenarios.

Ecos de cementerios abandonados.

Lápidas de moho clausuran avenidas de primavera.

Los bostezos y las muecas se calcinan con el sol del mediodía.

Una vez más, la muerte engrandece a los hombres.

VENECIA

EN MOSCÁS

Me siento como la ciudad de Venecia.

Repleto de intrigas palaciegas.

De misteriosas procesiones a la luz de la luna.

De niños abortados por obra y gracia de las profundidades

Conviviendo con el hedor de sus eternos canales.

Con el cuerpo cubierto por mil dagas suicidas.

Navegando a la deriva como una góndola maldita.

L A S M O S C A S

Carla plancha mi camisa favorita.

La de los alacranes fucsia.

Y la tarde sigue allí.

Lenta. Estúpida.

Predecible.

En la pantalla del desvencijado televisor, no dejan de aparecer imágenes de hipermercados.

Y de esculturas Aztecas de plástico transparente.

El cactus me observa amenazante desde la cómoda,
como un totem intocable de la dinastía Quatermass.

Carla se quita sus bragas magenta,
el sostén con refuerzos de alambre y los calcetines estampados con la imagen de Godzilla.

Carla me llama con un chasquido.

Entre agobiado y aburrido asisto al rutinario rito.

Ella entrecierra sus inmensas pestañas.

Cojo el pincel y lo introduzco en el tarrito de miel de abeja reina.

El líquido ambarino entra en contacto con su piel.

La obscenidad de sus labios me recuerda la época en la que hacíamos el amor cada minuto de nuestras vidas.

Bebiendo interminables botellas de vino rancio.

El segundo chasquido me dirige como un zombie hacia la pescera sin peces.

Mi mano, enfundada en un guante de polietileno, flota en

el interior del gigantesco contenedor.

Cojo un puñado de moscas y las coloco sobre sus afiebrados párpados.

Carla gime.

El tercer chasquido me obliga a penetrarla con mi puño edulcorado.

Desde el televisor una anciana nos enseña a amaestrar perros chihuahua.

EL CEMENTERIO AMERICANO 1

El doctor vence miedos.
Crecen una vez más, opacos.
Y en tu caverna contemplas el cielo.
Magenta.

Ayer vino el carpintero.Hoy, no.
Ven, acércate al autobus de carne.
Dedos en tus ojos.Cielos en tus ojos.
“El Sr.Mojo está naciendo”, dice Jim.

Una botella de bourbon sobre su tumba.
Hecha añicos.
Dos rosas...
Su estatua de yeso, yace.
Aerosoles por todas partes.
Los mausoleos vecinos con inscripciones.
“The west is the best.
I am the Lizzard king..I can do anything..”

El Sr. Mojo está muerto..
Hazte fama y héchate a dormir.
Un sueño eterno.
Sobre la sucia lápida, un lagarto sin ojos...
.. escucha y espera.
En sus minúsculos oídos lleva sonidos arcaicos y sin sentido.

sounds of fire
(whistles, rattlesnakes, castanets)

< I am the Lizard King
I can do anything
I can make the earth stop in its tracks
I made the big ears go away

For seven years I dwelt
in the loose palace of exile,
Playing strange games w/
the girls of the island.

Now I have come again
To the land of the fair & the strong, & the wise.

Brothers & sisters of the pale forest
O children of night
Who among you will run w/ the hunt?

Now Night arrives w/ her purple legion.
Retire now to your tents & to your dreams.
Tomorrow we enter the Town of my birth
I want to be ready. >

SEA MONKEYS(Monos Marinos)

El ciego se limpia las uñas de los dedos de las manos.
Y yo lo veo.

Lo veo todo con mis mil ojos.
Ojos rasurados con prolíjidad milimétrica.

Por las noches, la anciana canta.
Y yo la escucho con absoluta atención desde mi cama de
barro y hule.

Siento las piernas inmóviles, dentro de mi lecho inmóvil.
Y evoco al respirar a aquellos Sea Monkeys sin forma, revol-
cándose en el interior de mi pescera azul.

La decoración es austera.
Un florero con espárragos artificiales. Una alfombra de cactus.
Dos sillas de caucho sintético.
Screaming Jay Hawkins chillando en el estéreo.
Y una foto de Sal Mineo contemplándome desde el vestíbulo
púrpura.

Las ágiles piruetas de los peces voladores me empapan con
imágenes de Florida...

Ceniceros de resina plástica con incrustaciones de caracolas
fluorescentes y estrellas de mar.
Timones acrílicos sirven de crucifijos a cristos embadurnados
en pintura metalizada.
Tragaperras en miniatura nos devuelven visiones panorámicas
de Tampa y Pensacola.
“I put a spell on you”, acaba con mi paciencia.
Y los Sea Monkeys están dispuestos a dormir otra vez...